

extraordinarios, en tamaña injusticia. Así que tal consideración le asaltaba la mente, surgía la esperanza en el pecho, engañándole con sus mentidas ilusiones. La brevedad misma puesta entre la notificación del terrible juicio á las once de la noche y su ejecución á las doce de la mañana siguiente inspirábanle una postrera confianza en misericordioso y aperebido perdón. Su inocencia, como le ocupaba por completo la mente, le salía por los labios á borbotones y protestaba de incontrastable adhesión al Rey de su patria y al culto de sus mayores. Tal protesta dignísima tenía en su frase acentos heróicos de abnegación por su misma increíble sinceridad y firmeza no desvanecidas ni un momento á las crueldades regias. En aquellos tiempos la mal llamada justicia de los Reyes no se satisfacía con la muerte de los reos; colgaba sus cabezas, para que sirvieran de alimento á los cuervos; derruía sus moradas para sembrarlas de sal, á fin de que ni la vegetación cubriese piadosa sus ruinas; deshonoraba los descendientes, haciéndoles responsables, á pesar de su inocencia, del crimen que no habían cometido; así confiscaba los bienes como destruía y borraba los apellidos; así metía su jurisdicción cruel con las llamas de sus inquisiciones en la conciencia, como usurpaba los atributos del Divino Juez, condenando los reos de sus iras á las penas eternas del infierno: horrores, los cuales corrieron en tropel á la mente de Egmont y le obligaron á prorumpir, mal de su grado; en quejas amarguísimas por la terrible suerte de su mujer y de sus hijos. Y en vano intentó recogerse dentro de sí mismo, concentrar su memoria en los recuerdos de la vida pasada, traer á examen su conciencia, volar con su alma, desprendiéndose del cuerpo, á Dios para pedirle con sinceras plegarias la justicia negada por los hombres; el corazón desgarrado le atraía fuertemente á los mundanales intereses y le presentaba como en luctuoso grupo la esposa querida, los hijos de sus entrañas, la familia entera empobrecida por la confiscación y asombrada por la deshonra. Movidá por tales pensamientos cogió febril su pluma, y en renglones concisos, recomendó á sus verdugos, el duque y el Rey, las prendas de su corazón cuyo recuerdo entristecía más su ánimo que la sombra del verdugo y la frialdad del cuchillo.

Después de su familia recordó á su pueblo; no satisfecho con haberlo ilustrado por sus hazañas, habíale servido, como bueno, sin detrimento del Rey ni del Pontífice. Deseaba, pues, hablarle, y decirle á la hora suprema de su muerte, cuando la verdad eterna se acerca de suyo al espíritu y se pone como en contacto con la conciencia, todo lo que sentía en las entrañas de su corazón desgarrado. Disuadiólo de tal idea el confesor, observándola primero su inuilidad por el ruido que habían de promover atambores y clarines, además de su discordancia con la sublimidad religiosa del trance postrero y con la obligación estrecha en que estaba de apartar del mundo y devolver á Dios su último pensamiento. Cortó entonces Egmont con su propia mano el cuello de su camisa y de su ropaje, á fin de que no le tocaran las manos del verdugo, y se reconcentró en callada meditación y en religiosas plegarias. La plaza de Bruselas presentaba en el siguiente día horrible aspecto. Allí

donde los flamencos se habían acostumbrado á presenciar caballerescas fiestas y lujosos torneos, entre los edificios ceñidos por almenas parecidas á coronas aéreas y las estatuas decorativas de las esbeltas torres y las pintorescas fachadas, levantábase un tablado, cubierto de paños fúnebres con un tajo en el centro, y frente al tajo un altar fúnebre, sobre cuyas aras se veía un Crucifijo de plata, por seis velas amarillas esclarecido siniestramente, á guisa de horroroso catafalco. Tres mil hombres de tropas castellanas le circuían, y el gran prebosté le guardaba, caballero en su montura clásica, y con su roja vara en las manos. ¡Ah! no se veía al verdugo: por un resto de pudor se hallaba escondido entre los paños de aquel siniestro monumento; pero se veían dos garfios, en los cuales iban á ser colgadas las cabezas de los dos cumplidos caballeros.

Eran las once del día cuando se presentaron, aperebidos á la terrible ceremonia en la celda del infeliz Egmont, los capitanes que debían conducirlo y acompañarle al patíbulo, más dignos ciertamente de compasión que el reo á quien le arrancaban los restos no más de una vida breve, pero, en cambio, dejándole, como vínculo y herencia, el resplandor eterno de gloria con que los anales de la humanidad circundan, como de un nimbo sagrado, la frente de los mártires. Quisieron los enviados de Alba ligarle las manos, y se resistió, enseñando cómo él mismo había cortado los cuellos de sus vestiduras. A los pocos momentos de tal escena Egmont apareció en la plaza llevando á su lado al Obispo y leyendo los salmos de difuntos. Ni una vacilación siquiera en sus pasos; ni una nube de tristeza en su rostro, semejante por todo y en todo á los días de batalla y á los momentos de victoria. Ropilla de brocado carmesí, capota negra bordada de oro, sombrero de seda con plumas blancas, botas de campana: las preseas del rico-hombre hacían resaltar su majestuosa figura. Ni en aquel momento se desmintieron sus ilusiones varias, ni le abandonaron sus risueñas esperanzas. Todavía creyó que aquel implacable habitante del Escorial perdonaría de grado al vencedor de San Quintín. En el espacio que mediaba entre los escalones últimos y el homicida tajo aún acariciaba estas cándidas y consoladoras esperanzas. Todavía tuvo tiempo de preguntar si llegaba el perdón. Y cuando le quitaron toda ilusión y espiró un minuto antes que él su confianza, quitóse de la cabeza el sombrero, de la garganta el toisón, de los hombros la capa; y arrojándose con denuedo en el negro cojin preparado, y poniendo los labios en el Crucifijo junto á él sostenido por la trémula mano del confesor, después de haberle rogado á éste que rezara el Padre Nuestro, tendió la cabeza en el tajo y exclamó con desgarrador acento: «En tus manos, Dios mío, encomiendo mi alma.» Apenas esta frase se había comunicado al aire, cuando salió el verdugo y le cortó de golpe la cabeza. Un paño fúnebre cubrió el tronco de aquella ilustre víctima; y apenas había caído el paño sobre sus restos palpitantes, apareció sobre las tablas el de Horn, quien había pedido y alcanzado morir después del inmortal camarada. Viendo el paño que se dibujaba sobre los restos, preguntó si todo había concluido para Egmont,

como le dijese que sí, volvió los ojos al horizonte buscando los vuelos del alma inmóvil y volvió á recordarse las cosas del mundo al ver invertido su escudo de armas, insulto nuevo arrojado á su agonía y nueva sombra tendida sobre su honor. Tras esto se arrojó al pie del tajo, y aguardó con resignación el golpe que hizo saltar y rodar su erguida y esplendorosa cabeza. Al caer aquellos dos hombres sobre las tablas de un cadalso gritaron de horror las tropas españolas conducidas por ellos tantas veces á la victoria; y retrocedió espantado el duque de Alba, que presenciaba la ejecución desde una ventana, cubriéndose con ambas manos el rostro y derramando sin poderlo remediar algunas lágrimas.

El suplicio de Horn y Egmont separaba para siempre la conciencia de los pueblos flamencos y el heredado poder de Felipe II. En la fuerza, y sólo en la fuerza, podía descansar ya la base de aquel gobierno resquebrajada y casi descompuesta. Verdad que consiguió desquites inolvidables, arremetiendo y derrotando en Croninga con esfuerzo á Luis de Nassau; verdad que lo llevó hasta la Frisia oriental, y allí rompió sus huestes precipitándolas sobre los lagos y los mares, en tal número, que los navegantes del seno de Dullart conocieron el suceso por los infinitos sombreros germánicos esparrados sobre aquellas aguas; verdad que duró después de la derrota seis horas la matanza, y que ardieron á la tea vengativa de los vencedores los pagos del contorno; pero verdad también que la cólera del pueblo se organizó en formidable iiga, y que tal organización tuvo por alma y por espíritu al príncipe de Orange, tan estimado en la Historia por los empujes de su valor como por los consejos de su prudencia. Ya en Maestrich, por Octubre de 1568, pudo sentir Alba con quién se las había, cuando al oír la noticia del paso de las tropas enemigas, y de su proximidad, exclamó sin dar crédito á cuanto se le contaba: «¿Pensáis, acaso, que es algún escuadrón de aves para haber pasado á vuelo el Mosa?» Y la provocación al combate sirvió de respuesta en el acto á la confiada interrogación. Y el de Alba tuvo por mucho tiempo que resignarse á la defensiva con prudentísimo acuerdo, hasta que don Fadrique de Toledo, su hijo, mostró al de Orange la fuerza del brazo español, rompiendo su retaguardar en las orillas del Gette; caso que, unido á sus marchas y contramarchas de varia fortuna y á las sublevaciones continuas de sus soldados por falta de pagas, le obligaron, á pesar de los adelantos conseguidos en Quesnoy, á suspender aquella campaña y remitir á otra mejor apercibida la suerte de sus armas. Conociendo las dificultades, y fatigadísimo por su cúmulo, pidió Alba el relevo de su mando con grandes instancias, antes aún de la retirada de Orange. Quizás en otra ocasión Felipe sintiera más tal deseo de su virrey, pero entonces le traía muy ofendido por haberse levantado á sí mismo una colosal estatua en la ciudadela de Amberes, cuando no había querido él, con ser absoluto Rey, aceptar un modesto busto ofrecido por los milaneses y destinado á la plaza de Milán. Pero el agravio, que reconcentraba con natural disimulo en lo interior de su ánimo, no fué parte á precipitar la partida de Alba, difícil de sustituir en aquellos excepcionales instantes. Y el gobierno

de tal capitán debía señalarse diariamente por una violencia nueva, que por violencia debe tenerse, y muy grave, aquel impuesto de la décima, establecido sobre la venta de los bienes muebles, y de la vigésima, establecido sobre la venta de los inmuebles. El clamor levantado por tales exacciones llegó hasta el trono de César Maximiliano de Austria, quien diputó el archiduque Carlos para que presentase á su sobrino todos los daños contenidos en una política de resistencia y de venganza. Asintió Felipe II á la necesidad urgentísima de ocurrir al remedio de las exacciones, pero sin caer en transacción alguna respecto á la herejía, contra cuyo imperio deseaba en su fanatismo agotar hasta el último de los esfuerzos y el último de los recursos. Acordóse, pues, un perdón limitado, no sin que se cometiera con crueldad antes un acto de horrorosa venganza. Montigny, verdadero embajador de las Provincias Unidas, sagrado como todos los embajadores, había ido al Escorial, con ánimo de no perdonar medio conducente á rehacer la paz pública y reconciliar al Rey con la patria. Casado recientemente con una joven hermosísima, dejó los placeres del amor satisfecho, por las tristes asperezas del tétrico Escorial. Semejante viaje apareció á los ojos del tirano implacable, no como un servicio de vasallo, como un deservicio de rebelde; y lo encerró en el castillo de Segovia. En vano amigos piadosos urdieron trazas varias para extraerlo y redimirlo de aquel horroroso cautiverio; extrajéronle hasta de un pan las instrucciones dictadas para su fuga y hasta de unos laúdes y guzlas dejados en su cuarto, para que se holgase, los instrumentos necesarios á su libertad. Y el Rey un día lo llevó de Segovia con sigilo á Simancas; y allí mandó que lo asesinaran sin forma de proceso, arrancándole á la fuerza papeles por su propia mano escritos, de cuyo texto se pudiera colegir que había muerto de muerte natural. Y lo degollaron á pesar de sus protestas de fidelidad, como si degollaran á humilde buey en triste matadero. La muerte de Montigny resulta, examinada con reflexión, otro de los asesinatos con que se presenta manchado Felipe ante la conciencia humana y ante la Historia Universal. No había remedio; venía el castigo. Tantas vejaciones debían producir desórdenes sin cuento. Los nobles se aislaban á una en sus castillos; los mercaderes dejaban sus comercios; los piratas iban á su grado por las costas de Holanda y de Frisia; las regiones, de que Felipe II pensaba construir un solo Estado, propendían á declararse todas en República; rebelábase Flesinga y despedía la guarnición española después de haber ahorcado á su jefe; las principales ciudades y villas holandesas se acogían al universal movimiento; apoderábase de Valenciennes y Mons el duque de Nassau, y por doquier el incendio ardía y amenazaba derretir la regia corona de Felipe II en sus sienes heridas por el rayo de la revolución religiosa.

En esto llegó el duque de Medinaceli á reemplazar al duque de Alba, y el reemplazo no pudo verificarse, por haber dicho Alba que no retrocedería en aquellos momentos, creyendo impropio de su valor y de su pujanza negar el rostro al enemigo que le provocaba. Y envió inmediatamente hacia el Henao su hijo don Fadrique, á fin de que sitiase Mons, y la

CAPILLA ALFONCINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. M.

recobrar de nuevo, arrancándola con furor á las manos de sus improvisados poseedores. Y mientras el de Alba se detenía en Mons, el de Orange pasaba el Rhin y el Mosa, internándose por Brabante y cometiendo los excesos y sembrando las calamidades subsiguientes á una cruelísima guerra. No sabemos qué hubiera sucedido entonces si de Francia no llegara el rumor de la matanza de San Bartolomé, y con ese rumor la desesperación de todo auxilio á los sublevados. El de Orange se retiró á Malinas, y de Malinas á Delft en Holanda. Nassau capituló con Alba, entregándole á Mons, Malinas fué á saco entrada en los primeros días de Octubre. Medinaceli llegó hasta Nimega. Mondragón y Dávila obraron maravillas de milagroso heroísmo en los lagos de Zelanda y en los puertos del Escalda. Toledo asoló la ciudad de Nerdaen, pasando á cuchillo todos sus habitantes sin excepción alguna. En Harlem, sitiada por los españoles, se componía y armaba con las mujeres un ejército de amazonas, dispuesto á beber nuestra sangre, por haberles arrojado nuestros cañones diez mil doscientas cincuenta balas. A todo lo cual exclamaba el duque de Alba, dirigiéndose al general del sitio, su propio hijo: «no me dejes hombre á vida», pues habían muerto cuatro mil soldados del ejército real en aquel tremendo asedio. Al fin el duque volvió á España, por celos de Medinaceli, quien se quejaba de que le privaran del mando de las tropas y lo encomendasen al primogénito de los Albas—que podía ser su hijo. Requesens reemplazó á uno y á otro en aquellos gravísimos instantes de verdadero pavor.

El nuevo gobernador de Flandes había mostrado sus virtudes militares en la batalla de Lepanto y sus virtudes políticas en el gobierno de Milán. Un perdón público inauguró su mando y la demolición del simulacro de Alba en Amberes fué como una prenda de reconciliación y de paz. Pero la fortuna, caprichosa de suyo, no le sonrió ciertamente. Los navíos que había mandado en socorro de Middelburgo se hundieron á una en las aguas, ahogándose setecientos soldados de tropas reales y cayendo la plaza en poder de los protestantes. Esta desdicha se compensó con la batalla sobre las orillas del Mosa, donde vencieron los españoles, y acabaron tres generales, el duque Palatino, Luis de Nassau, y su hermano don Enrique. Pero la falta de pagas perturbó mucho á las tropas españolas; y la perturbación de las tropas españolas detuvo mucho y desconcertó los planes de Requesens. A esto se añadió la pérdida de todos los buques nuestros en las aguas de Holanda, cosa lamentable para los españoles, porque no se podía prevalecer allí sin combinar sabiamente las operaciones terrestres con las operaciones marítimas. Así llegaron los últimos extremos del sitio de Leyden, de aquella ciudad, dentro de cuyas murallas habían muerto más de diez mil combatientes. Y cuando ya estaban á punto de rendirse por hambre, idearon un desesperado arbitrio, es, á saber: la ruptura de los diques bajo cuyo amparo se dilatan las verdes y hermosas campiñas de Holanda. Los soldados reales, sorprendidos por aquel diluvio se retiraban paso á paso, llevándose la tierra por la inundación amenazada hasta en los petos y en los cascos. Así como Numancia y Sagunto se dieron á las llamas, Lyden

se dió á las aguas en su desesperación; y vióse con asombro bogar entre los tejados de las casas, entre las copas de los árboles, centonares de bajeles con cañones de bronce y tripulaciones de guerra para pelear, y chatos de quilla poder deslizarse por las sinuosidades varias abiertas, como surcos terribles, en aquella desigual inundación. Así fué socorrida Leyden; y aún puede asegurarse que así fué salvada Holanda. Los españoles combatieron entre las aguas con su prodigioso heroísmo. Aquellas águilas del aire parecían haberse trocado en feroces lobos marinos, cuando tuvieron necesidad de pelear entre los remolinos de las aguas. Pero la resolución de Leyden demostraba que no se podía vencer á un pueblo de tal pujanza, ni luchar á un tiempo con la naturaleza y con la Providencia. Los sublevados llevaban en sus sombreros una media luna, que decía: «antes al turco que al Papa.» Y tras de Leyden veíase surgir á toda Holanda, separándose para siempre de la corona de Felipe, y rompiendo los lazos que desde los tiempos de Carlos V hasta entonces la uniera estrechamente á la nación española y á la Iglesia Católica.

Y cuenta que si el valor y la fuerza pudieran vencer á las ideas, España hubiera vencido entonces, por su arrojo increíble y por su heroísmo superior á la frágil naturaleza humana. La campaña de 1575 no tendrá segundo ejemplo en los anales de la gloria. La toma de Buren; el asedio á la isla de Linart con el agua al cuello, y la ración y la pólvora en la cabeza; el paso por los canales y las lagunas de Ondervater; las eorrerías al través de las poblaciones zelandesas, del Mosa y del Escalda, con lodo á la cintura, y bajo diluvios de fuego; el combate con las mareas, en cuyos remolinos los nuestros preferían ahogarse antes de retroceder un paso; la victoria sobre Deciverland, que parece obra de la fantasía y no de la realidad; todo aquel poema de hazañas increíbles quedará en la memoria humana, como milagro de arrojo y de constancia, y como ejemplo de las más altas y más contradictorias virtudes en las incidencias y en los empeños de la guerra. Nunca se vió tan claro que las voluntades individuales más incontrastables no puede contrastar los decretos de la Providencia, quien impulsa con su aliento soberano hacia lo porvenir las misteriosas corrientes del progreso. Requesens murió á 5 de Marzo de 1576. El gobierno fué á dar en el Consejo de Estado; y el Consejo de Estado se dividió en hispanienses y patriotas, entendiéndose algunos de éstos con los principales jefes de la insurrección y especialmente con el príncipe de Orange. Aquella debilidad en el poder supremo, tan fuerte antes; aquella división, sucediendo á la unidad que diera al Estado Margarita, Requesens y Alba, prestó vigor extremo á la revolución y facilitó desmedidamente su victoria. Los patricios del Consejo aprisionaron á los hispanienses. Las dieciseis provincias, excepción hecha de Luxemburgo, se apartaron de la corona española. Reuniéronse los Estados Generales en Gante, y proclamaron el armamento general y la alianza con Francia é Inglaterra. Las calles mismas de Amberes, donde teníamos ciudadela tan poderosa y formidable, ardieron á una en revolución. Y no hubo más remedio que nombrar generalísimo y regente á don Juan de Austria.